



Aproximación al decrecimiento

ALBERT FLORENSA

1. El concepto de decrecimiento

Serge Latouche, profesor emérito de Economía de la Universidad de París-Sur XI (Orsay), y pensador destacado acerca del decrecimiento, comienza uno de sus textos con una definición negativa del concepto de “decrecimiento”. Este inicio es una sabia precaución, porque el crecimiento es uno de los factores clave de los sistemas económicos dominantes, y, por tanto, resulta difícil cuestionarlo sin causar una cierta perplejidad. De hecho, las situaciones dolorosas que provoca la crisis económica en la que nos encontramos tienen que ver con el decrecimiento de nuestra economía¹.

Por eso, Latouche enseguida aclara que el decrecimiento que propone “no es el crecimiento negativo, oxímoron absurdo que traduce fielmente la dominación del imaginario del crecimiento”². El profesor francés sabe muy bien que en nuestras sociedades la desaceleración económica provoca dolor, por ejemplo, en forma de desempleo, o de reducción de recursos destinados a acciones sociales, y por ello nos advierte de que el decrecimiento económico sólo es viable en una sociedad distinta de la nuestra, “en una sociedad de decrecimiento, es decir, en el marco de un sistema basado en otra lógica”³.

Para los defensores del decrecimiento, “se trata de abandonar una fe o una religión, la de la economía, del progreso y del desarrollo, de rechazar el culto irracional y casi idólatra al crecimiento por el crecimiento”⁴. El objetivo que se propone el decrecimiento “es una sociedad en la que se viva mejor, trabajando y consumiendo menos”⁵.

2. Por qué no al crecimiento

Si obviamos por un momento la crisis que actualmente nos atenaza, y si atendemos a las cifras de la economía mundial de estos últimos años, caracterizados por la expansión y la consolidación de la llamada “globalización económica”, constataremos que nunca antes se había dado en el mundo menos pobreza extrema, y que jamás se habían alcanzado unos niveles de riqueza como los actuales, eso sí, medidos con los indicadores propios de la economía ortodoxa. Así, el recientemente fallecido catedrático de economía de ESADE, Luis de Sebastián, afirmaba en el año 2005 que “los 600 millones de personas, que según el Banco Mundial malviven con un euro diario, los ‘pobres de solemnidad’, los desesperadamente pobres, sólo hacen el 9,38 % de la humanidad. Esto puede parecer todavía mucho, pero estoy seguro de que hace

¹ Presentamos algunos datos que hacen patente el dolor producido por la actual crisis económica: 20% de paro; aumento prácticamente del 100% durante el período 2008-2009, de los beneficiarios de la Renta Mínima de Inserción; y aumento del número de personas atendidas por Cáritas a nivel estatal, que pasó de 400.000 en el 2007, a prácticamente 800.000 durante el 2009.

² Latouche, S., *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona, 2009, p. 16.

³ *Ibid.*, p. 16.

⁴ *Ibid.*, p. 17.

⁵ *Ibid.*

cien años, la proporción era del 25 % ó 30 %, y en siglos anteriores mucho mayor, el 30, el 40 ó 50 %. Algo hemos mejorado”⁶.

Sin embargo, si se consideran dos indicadores, la desigualdad y los costes ecológicos, que la economía ortodoxa no acostumbra a contemplar como debiera, el panorama que se presenta no es muy halagüeño.

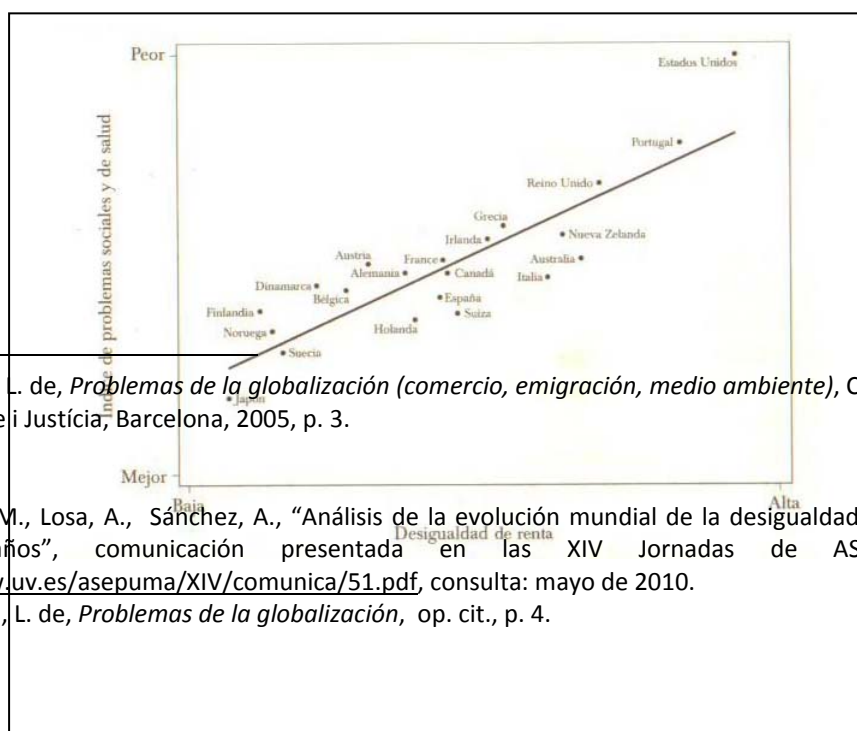
2.1 El problema de la desigualdad

El propio Luís de Sebastián advertía que la reducción actual de la pobreza extrema mundial no impedía que “los reyes, los banqueros, los terratenientes del pasado fuesen pigmeos económicos comparados con los ricos de ahora”⁷. Para él, “el binomio pobreza-riqueza es en la actualidad más extremo que nunca antes en la historia”⁸.

Si bien es cierto que los indicadores de la desigualdad de renta personal en el mundo se han ido reduciendo entre el 1995 y el 2004, debe admitirse que “la desigualdad de la renta mundial en el año 2004 alcanza niveles inaceptables: la renta del 20% de las personas más ricas del mundo es 28,7 veces más elevada que la del 20% más pobre”⁹.

Aún siendo muy importante, el peso de la diferencia de la renta entre países ha disminuido a la hora de explicar la desigualdad mundial de la renta, mientras que la diferencia de la renta en el interior de los países ha ido creciendo. Luis de Sebastián afirma que “en muchos países desarrollados el 1% de la población con mayores ingresos puede recibir anualmente unas 500 veces más que el 1% de menores ingresos. Los ejecutivos de algunas grandes empresas ganan en promedio entre 300 y 400 veces más que el salario promedio de sus empleados”¹⁰.

Más allá de la dudosa justicia de un reparto tan desigual de la riqueza, debemos destacar que la desigualdad como tal está estrechamente relacionada con multitud de problemas, como, por ejemplo, la falta de salud, la pérdida de confianza o los bajos rendimientos académicos. Así nos lo muestran, con gran profusión de datos, Richard Wilkinson y Kate Pickett en su libro, *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Sirvan como ejemplo los gráficos 1 y 2 extraídos de dicho libro, en los que se pone de manifiesto que los problemas sociales y de salud en los países ricos están estrechamente relacionados con la desigualdad en el interior de los mismos, mientras que en esos mismos países los problemas sociales y de salud están sólo ligeramente relacionados con la renta media anual.



⁶ Sebastián, L. de, *Problemas de la globalización (comercio, emigración, medio ambiente)*, Cuadernos Cij, nº 135, Cristianismo y Justicia, Barcelona, 2005, p. 3.

⁷ Ibid.

⁸ Ibid., p. 4.

⁹ Lafuente M., Losa, A., Sánchez, A., “Análisis de la evolución mundial de la desigualdad económica mundial en los últimos años”, comunicación presentada en las XIV Jornadas de ASEPUMA, 2006, p. 9, <http://www.uv.es/asepuma/XIV/comunica/51.pdf>, consulta: mayo de 2010.

¹⁰ Sebastián, L. de, *Problemas de la globalización*, op. cit., p. 4.

Gráfico 1. Los problemas sociales y de salud están estrechamente relacionados con la desigualdad dentro de los países ricos.

Fuente: Wilkinson, R. y Pickett, K., *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, Turner Noema, Madrid, 2009, p. 38.

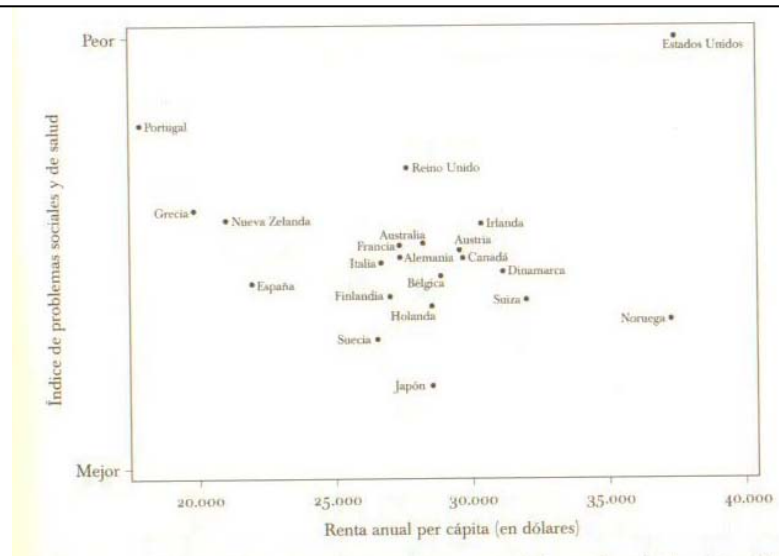


Gráfico 2. En los países ricos, los problemas sociales y de salud están sólo ligeramente relacionados con la renta media anual.

Fuente: Wilkinson, R. y Pickett, K., *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, Turner Noema, Madrid, 2009, p. 39.

2.2 El problema ecológico

Son de sobras conocidos los datos que ponen de manifiesto los incrementos constantes en la demanda de energía y de recursos materiales. De la misma manera que son innegables los problemas provocados por los residuos y la contaminación generados por el consumo de esos recursos y de esa energía.

El olvido de la naturaleza por parte de la economía capitalista, y también de la comunista en sus momentos álgidos, parece haber sido, si no lo sigue siendo en gran medida, una característica de dichas economías. Ignorando las leyes físicas que nos brinda la ciencia desde el siglo XIX, en particular las leyes de la biología y de la termodinámica, la economía ortodoxa no ha hecho más que elaborar un pensamiento

económico que, alejado de los límites físicos que la naturaleza impone, ha creído que el crecimiento económico podía ser infinito consumiendo los recursos naturales que necesitase y generando los residuos correspondientes.

El economista y matemático rumano Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994), profesor de economía en la Universidad de Vanderbilt (Tennessee), ya denunció que ninguno de los sistemas económicos imperantes en su tiempo tenían en cuenta ni la contribución de los recursos naturales a la producción ni la generación de residuos y contaminación. Georgescu-Roegen incorporó a sus estudios económicos las leyes físicas y biológicas constituyendo la llamada “bioeconomía”.

Así, por ejemplo, si consideramos la segunda ley de la termodinámica, nos daremos cuenta de que cada vez que transformemos energía, una parte de esa energía se convertirá inexorablemente en energía inutilizable para los intereses del ser humano. Si esa energía proviene de recursos minerales terrestres como, por ejemplo, el petróleo, esos recursos tenderán a agotarse, puesto que los procesos naturales que los forman son muchísimo más lentos que el ritmo actual al que los consumimos. Georgescu-Roegen considera que la reflexión que acabamos de hacer para la energía proveniente de recursos minerales terrestres, también debería hacerse para la materia.

Por tanto, si nos tomamos seriamente los estudios del economista rumano, es lógico pensar que, con el actual incremento del ritmo de consumo de recursos, no es suficiente optar por un crecimiento sostenible, ni siquiera por un crecimiento cero. Si realmente deseamos un mundo más justo y más equilibrado desde el punto de vista ambiental, deberíamos decrecer, en especial, los países ricos. La llamada “huella ecológica” muestra claramente cómo una parte de la humanidad está dilapidando los recursos de las generaciones futuras, pues ya en estos momentos el espacio bioproductivo medio necesario para dar respuesta a las exigencias de consumo es mayor que el espacio productivo que nos ofrece nuestro planeta.

Además, no debemos olvidarse los grandes problemas vinculados a la contaminación y destrucción del medio ambiente tales como el cambio climático, la deforestación o la escasez de agua potable, por poner algunos ejemplos.

3. Por qué no hacemos caso

Si los hechos y argumentos presentados hasta aquí son irrefutables, ¿qué nos impide poner coto a tales desmanes? Pues básicamente nos lo impide el hecho de estar inmersos en una sociedad de crecimiento que se fundamenta en el tener, que busca el máximo beneficio lo más rápidamente posible y que, en definitiva, adora a los ídolos y respeta los dogmas en los que se fundamenta dicha sociedad de crecimiento.

3.1 Una sociedad basada en el tener

El filósofo catalán, Jordi Pigem, que ve en la crisis económica actual una oportunidad para poner en cuestión el modelo social imperante, afirma que la nuestra es una sociedad materialista. Pigem sostiene que la visión del mundo materialista, hegemónica en nuestra sociedad, hace que los hombres piensen que lo único que existe es la materia inerte y cuantificable, convirtiendo las experiencias humanas desligadas de lo propiamente material en poco valiosas e ilusorias.

Sin embargo, en una sociedad con esas características, el mundo rápidamente pierde toda dimensión de sentido, provocando “un vacío interior que urge llenar con lo único que se considera real: lo material y cuantificable (posesiones, dinero)”¹¹, conduciendo a los hombres hacia el consumismo.

Tal como lo describe Latouche, el consumismo viene arrastrado por fuerzas tan potentes como la propaganda, los créditos o la obsolescencia programada, concepto que expondremos enseguida. De hecho, la propaganda mueve el segundo presupuesto mundial, sólo superado por el de armamento, y, por ejemplo, “en 2004, las empresas francesas invirtieron 31.200 millones de euros en publicidad (el 2% del PIB)”¹².

Los créditos, convertidos en muchos casos en meros instrumentos para el consumo desaforado, posibilitan el imposible consumo de muchos ciudadanos arrastrados por su necesidad interna de tener. Las cifras de endeudamiento han crecido enormemente, como es el caso norteamericano, así, “según el Banco Federal, el endeudamiento de los hogares norteamericanos alcanzaba el 2007 la astronómica cifra de 28.198 millones de dólares, el 248% del PIB”¹³.

La vorágine productiva, con sus reales y aparentes innovaciones, provocan la vejez y la inutilidad prematura, real o aparente, de muchos de nuestros objetos y aparatos. Es lo que se conoce como “obsolescencia programada”, una especie de maldición contra la austeridad, el cuidado y el mantenimiento de nuestros útiles. “Desde 1950, Víctor Lebow, analista del mercado estadounidense, había entendido la lógica consumista. ‘Nuestra economía, inmensamente productiva, escribía, nos exige que hagamos del consumo nuestro estilo de vida. (...) Necesitamos que nuestros objetos se consuman, se quemen, se tiren y sean reemplazados a ritmos que aumenten continuamente’”¹⁴.

4. Una sociedad que busca el beneficio rápido y máximo

La actual crisis económica no deja de dar muestras evidentes de cómo la búsqueda ciega de grandes beneficios inmediatos ha llevado a la ruina a países enteros y ha provocado mucho dolor. Casos como el del sector inmobiliario y el de los préstamos concedidos en condiciones de alto riesgo, son un claro ejemplo de planteamientos y de prácticas dirigidas hacia una maximización rápida de beneficios que obvia cualquier otra consideración que no sea la del propio beneficio rápido.

Incluso los propios consumidores finales acostumbran a considerar únicamente el precio de un producto como criterio de compra, olvidándose que tras un precio más bajo pueden ocultarse aspectos tales como la explotación laboral, importantes cargas ecológicas, trabajo infantil indigno o explotación de algunos de los colectivos del proceso de producción de dicho producto, como es el caso de muchos de los agricultores dedicados al café.

De forma análoga podemos hablar de las finanzas. ¿A dónde va el dinero que depositamos en cajas y bancos? Si sólo nos mueve el rendimiento que podemos esperar de nuestros ahorros e inversiones, se nos harán invisibles los destinos a los que la entidad financiera los conducirá. Así, no nos debería sorprender que nuestro dinero obtuviese su rendimiento en una fábrica de armamento o en una maquila abarrotada de trabajadoras en condiciones laborales inhumanas. Por no hablar de los paraísos fiscales, donde nadie

¹¹ Pigem, J., *Buena crisis. Hacia un mundo postmaterialista*, Kairós, Barcelona, 2009, p. 73.

¹² Latouche, S., *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, op. cit., p. 27.

¹³ Ibid..

¹⁴ Ibid., pp. 28-29.

lleva su dinero, pero donde curiosamente no caben los billetes en sus cajas fuertes, unos billetes que, libres de las cargas fiscales, no colaboran en el desarrollo de políticas sociales que empoderen a los más necesitados.

5. Los ídolos y los dogmas de la sociedad de crecimiento

La sociedad de crecimiento tiene sus ídolos y sus dogmas. José Manuel Naredo, en su libro, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, que tiene por subtítulo, *Más allá de los dogmas*, describe en profundidad el poder del lenguaje sobre el comportamiento humano, en especial, el de ciertas palabras vinculadas a la economía de crecimiento.

Naredo revisa críticamente el significado que el modelo económico dominante ha dado a palabras como “trabajo”, “crecimiento” o “desarrollo”, y pone al descubierto la fe irreductible de nuestras sociedades en el progreso, una fe “que se propagó apoyada en esta tendencia a creer que vamos por el buen camino, a base de magnificar el alcance benéfico de los logros técnicos y económicos. En otro tiempo se pensó en que la máquina de vapor traería la democracia, como hoy se piensa que vendrá reforzada por el *ciberespacio*. Y hoy, como ayer, se sigue creyendo en la panacea universal del *desarrollo* para resolver no sólo los problemas económicos, sino también los conflictos sociales y ambientales”¹⁵.

Un grupo destacado de pensadores tales como José Ortega y Gasset, Martin Heidegger, Jacques Ellul, Ivan Illich o Hans Jonas, han denunciado con rotundidad y en profundidad el peligro de que la técnica se esté convirtiendo en un absoluto para el ser humano. Concretamente, Ellul afirma que “en el panorama intelectual, la técnica juega el mismo papel que lo espiritual en la Edad Media o que la idea de individuo en el siglo XIX”¹⁶. Por eso, el pensador francés sostiene que las palabras clave actuales surgen del mundo técnico como, por ejemplo, “productividad”, “informática”, “desarrollo” o “innovación”, mientras que en la Edad Media habían surgido de la Teología.

Ciertamente, la técnica, inherente al ser humano, ha permitido aligerar enormemente las constricciones a las que la naturaleza somete a la humanidad, pero también es verdad que las sociedades “desarrolladas” han dotado de tal autonomía al sistema técnico en el que se hallan inmersas, que han provocando su autocrecimiento, por encima de la política, la ética e incluso, a veces, de la propia economía.

Crear que la tecnología por ella misma resolverá de forma inmediata y contundente los problemas con los que ha de enfrentarse la humanidad, es un error que se comete frecuentemente. El llamado “efecto rebote” es una muestra de tal fracaso: contentos con disponer de una tecnología más eficiente, resulta que el ahorro que nos proporciona dicha eficacia no se ahorra, sino que se utiliza para otros fines, o simplemente no se ahorra. Pongamos un ejemplo: un coche más eficiente que consuma menos combustible, en vez de representar un ahorro, lo que hace es posibilitar que se recorran más kilómetros y que más personas tengan la oportunidad de disponer de un vehículo, puesto que es más económico.

Claro que las tecnologías deben mejorar su eficiencia, pero si no hay una voluntad de austeridad y de ahorro, ¿de qué servirá tal mejora? Sin una transformación ética y política de nuestras sociedades, las necesarias propuestas que podría ofrecer la tecnología serán insuficientes.

¹⁵ Naredo, J.M., *Raíces económicas del deterioro ecológico y social: más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, p. 118.

¹⁶ Ellul, J., *Le Système technicien*, Calmann-Lévy, París, 1977, pp. 150-151.

6. Propuestas de Serge Latouche para una sociedad de decrecimiento

Apuntamos a continuación ocho propuestas que formula el economista Serge Latouche en su libro, *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, a fin de concretar la práctica de una sociedad de decrecimiento.

La primera propuesta es *reevaluar*. Tal como apuntábamos más arriba, para dar respuesta a los problemas planteados por una sociedad de crecimiento, debería producirse un cambio en los valores predominantes en tal sociedad. Así, el altruismo debe substituir al egoísmo, la cooperación a la competencia, en definitiva, la vida debe imponerse al consumo ilimitado. Tal reevaluación exige un redescubrimiento de la interioridad del ser humano que trascienda la sociedad materialista en la que estamos situados: de lo contrario, ¿de qué otra manera se podría avanzar hacia la austeridad y el decrecimiento? En palabras de Jordi Pigem, será necesario entrar en una etapa de posmaterialismo, la cual cosa “significa un declive del afán de poseer y consumir bienes materiales, y un despertar del interés por bienes inmateriales e intangibles como la creatividad, la solidaridad, el conocimiento, la sabiduría y la alegría de vivir y convivir”¹⁷. Las tradiciones religiosas pueden jugar un importante papel en el redescubrimiento de esa dimensión espiritual del ser humano.

La segunda es *reconceptualizar*, es decir, poner al descubierto las falacias de algunos de los conceptos clave de la sociedad de crecimiento, revelando su verdadero significado. Derrocar, en definitiva, los dogmas sobre los que se sustentan los ídolos de dicha sociedad y conferir significados acordes con la realidad a conceptos tales como los de riqueza y pobreza, o los de escasez y abundancia.

La tercera es *reestructurar* el aparato de producción en función de los cambios producidos por las dos anteriores medidas.

La cuarta es la *redistribución*. El hecho de disminuir las diferencias económicas y de recursos entre países, en especial entre Norte y Sur, así como entre los individuos de una misma sociedad, no sólo mejoraría la paz mundial y social, sino que eliminaría muchas de las consecuencias que, tal como hemos visto, produce por sí misma la desigualdad. La redistribución también reduciría los deseos de consumo, los cuáles son favorecidos por el deseo de emular aquellos que tienen más.

La quinta es la *relocalización*. No se trata de un nuevo proteccionismo insolidario. Se trata de recuperar la producción local de aquellos “bienes esenciales para las necesidades de la población, en empresas locales financiadas con el ahorro recogido localmente (...) La política, la cultura, el sentido de la vida deben recuperar su anclaje territorial”¹⁸.

La sexta es la *reducción*. Una reducción del consumo de energía y de los recursos no renovables, también una reducción de las horas de trabajo. Reducciones que a todas luces podrían significar una mejora en la calidad de vida y en la salud de los habitantes de aquellos países en los que, por ejemplo, el paro o las enfermedades psicológicas vinculadas al estrés y a la competitividad han aumentado de forma muy significativa. Y, obviamente, también una mejora para la salud del planeta. En este sentido, es evidente que los países e individuos ricos son los que deberían decrecer para que los pobres pudieran crecer para reducir las diferencias entre unos y otros. Ahora bien, dicho crecimiento no debería asemejarse al que ha sido practicado por las naciones ricas, sino que “la alternativa al desarrollo, tanto en el Sur como en el Norte, no puede ser un imposible regreso al pasado, ni un modelo uniforme de ‘anticrecimiento’ impuesto. Para los excluidos, para los náufragos del desarrollo, no puede tratarse sino de una especie de síntesis entre la tradición perdida y la modernidad inaccesible. (...) El posdesarrollo, que por otra parte es

¹⁷ Pigem, J., *Buena crisis*, op. cit., p. 95.

¹⁸ Latouche, S., *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, op. cit., p. 51.

necesariamente plural, significa buscar modos de florecimiento colectivo en los que no se privilegie un bienestar material destructor del medio ambiente ni de los lazos sociales”¹⁹.

Por otra parte, dichas reducciones deberían ir acompañadas de nuevas formas de ocio mucho menos vinculadas al consumo, y más relacionadas con actividades conviviales, según el término utilizado por Ivan Illich.

La *reutilización* y el *reciclaje* son la séptima y la octava. Nadie pone en duda su justificación: “ninguna persona con sentido común niega la necesidad de reducir el despilfarro desenfrenado, de combatir la obsolescencia planificada de los equipos ni de reciclar los desechos no reutilizables directamente”²⁰.

Latouche niega que las ocho propuestas vayan a representar un atraso, un retroceso, en nuestra calidad de vida. El economista francés destaca que no se trata de volver a situaciones de penuria, sino de procurar hacer más y mejor con menos, pero no desde una perspectiva exclusivamente tecnológica, sino con el objetivo de producir un excedente extraeconómico. De hecho, Nicholas Georgescu-Roegen defendía que el fin de la economía no debía ser otro que la felicidad de las personas.

La propuesta política que nos ofrece Latouche para propiciar la implementación de las ocho “R” tendría objetivos como los siguientes: recuperar una huella ecológica igual o inferior a un planeta; integrar los costes del transporte; relocalizar las actividades; restaurar la agricultura campesina; transformar las ganancias de productividad en reducción de tiempo de trabajo y en creación de empleos; reducir el despilfarro de energía; penalizar los gastos de publicidad; reorientar la investigación tecnocientífica²¹.

Aunque todas estas propuestas puedan parecer a primera vista utópicas, deben ser consideradas en profundidad. Este escrito, la brevedad del cual impide a todas luces un análisis exhaustivo de las propuestas de Latouche para el decrecimiento, sólo pretende mostrar la existencia de alternativas a los dogmas e ídolos propios de las sociedades de crecimiento, las cuales sí parecen fundarse en algo a todas luces imposible: un modo de vida centrado en un consumo que crezca indefinidamente, que pueda ser extendido a toda la humanidad y que sea respetuosos con el medio ambiente y con las generaciones futuras.

Dr. Albert Florensa

Profesor de la Cátedra de Ética y Pensamiento Cristiano del IQS

Universidad Ramon Llull

Barcelona

¹⁹ Idem, p. 81.

²⁰ Idem, p. 55.

²¹ Cfr., Latouche, S., *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, op. cit., pp. 88-98.